

## Los salvadores de nuevo cuño

### *El hijo del carpintero*

MARIO MENDOZA

Arango Editores, Bogotá, 2014, 207 pp.

MARIO MENDOZA (Bogotá, 1964) ha escrito varias novelas “para adultos” (si cabe establecer categorías en arte), varios libros de cuentos y varias novelas “juveniles” (otra vez el asunto de las categorías). De estas últimas, el autor ha dicho en entrevistas que se “proponen” (él y los editores, supongo) una saga de diez. Tal parece que a Mendoza le va muy bien con los lectores, que vende bastante, y tal vez por ello se aventura en novelas con temas para jóvenes. Tiene empatía con ellos y escribe deliberadamente para ellos. El autor dice que haciéndolo piensa en el muchacho que fue y que estuvo a punto de morir por una enfermedad; que las historias lo ayudaron a escapar de las garras de “la Pelona”. Además, parece que conoce muy bien los temas que a ellos les gustan; entonces les escribe historias “constructivas” (no exentas de adversidades, muertos y violencia, faltaba más, para que todo eso quede bien adobado) que reflejan su espíritu rebelde y acorde con los tiempos que corren.

De la que hablaré a continuación es *El hijo del carpintero*, la quinta de las novelas juveniles, publicada en 2014. No conozco las anteriores, así como tampoco he leído mucho de su obra; solo algunas de sus novelas “para adultos”.

Yo no sé la autoridad que pueda tener alguien para sentirse con la solvencia de saber exactamente qué quieren o qué necesitan leer los jóvenes con el fin de ayudarlos a formarse mejor y a no caer en las trampas que pone a menudo el “sistema”: la drogadicción, la violencia, la rumba desmedida, el sexo loco, las apetencias de conseguir dinero a como dé lugar, etc. Puede que haya procedimientos pedagógicos y teorías y fórmulas probadas y temas con los cuales se pueda seducir a este público para que cambie de opinión... Lo que yo no creo, decididamente, es que con el arte se pueda hacer ese tipo de pedagogía o de educación “contrasistema”. (La reiteración en que

incurro con lo de “sistema” es porque a Mendoza el tema lo obsesiona y es común que en sus entrevistas se refiera a eso, al daño terrible que hace el sistema a los jóvenes.) Algún periodista le preguntó por las facultades que tiene la literatura para “arrinconar” —la palabra es suya— al sistema capitalista, y él contestó: “Creo que buena parte de mis lectores apelan a la crítica, son aquellos que ya se cansaron de la oferta capitalista. Quienes buscan éxito, poder, dinero, triunfo, excelencia, esas cualidades que nos vende el sistema, no tienen contacto con mi obra, les molesta. Pero un lector agotado y crítico, cansado de la hipocresía, es un lector que se comunica bastante bien con la literatura que propongo” (*La Hora Nacional*, revista virtual).

Pues bien, *El hijo del carpintero*, en la tónica que acabo de mencionar, es decir, tratando temas de jóvenes, con contenidos morales y espirituales constructivos, es una muy mala novela. Para jóvenes, para adultos, para niños, para negros, para musulmanes, para cristianos, para indios, para iletrados, para intelectuales, para pobres, para ricos... para el que sea. Es mala literatura, simplemente, que es una de las categorías en que se dividen los libros, como bien dijo Oscar Wilde: “No hay libros morales ni inmorales. Los libros están bien escritos o no lo están”. Sin más especulaciones sociales ni políticas ni de edad ni nada.

El argumento del libro: en Brasil, cerca de la frontera con el Amazonas, se presentan algunos hechos extraordinarios y esotéricos, dado que un ser, una estatuilla, más concretamente, llamada en el libro el Señor de los Ojos Infinitos, produce estragos y se apodera de la voluntad y la inteligencia de algunas personas convirtiéndolas en seres miserables, en bestias endemoniadas. Como en las pésimas historias de brujas o extraterrestres o vudú, una estatuilla se enfrenta a “los buenos” (la expresión es mía) y les advierte que ha venido para dominar y combatir las fuerzas cristianas, es decir a los curas y misioneros (en esta novela los hay y son buenísimos, verdaderos guías espirituales llenos de bondad). Elvis y Felipe, dos muchachos que en la historia fungen de héroes juveniles, van hasta el lugar de los acontecimientos y, en un espeso entramado en el cual se involu-

cran con gente de diversa índole, como los sacerdotes y misioneros a los que aludí arriba, se apropian de mensajes salvadores y logran que todo, al final, aunque con pequeñas tragedias de por medio, sea un triunfo de las fuerzas del bien sobre las fuerzas del mal.

El título de la novela se refiere, cómo no sospecharlo, a Jesús, el hijo de José, el carpintero. A través de un libro que le regala un cura (qué importa su título), Felipe se entera de todas las maravillas y misterios que tienen que ver con el mito cristiano y descubre que el enviado de Dios es de extracción popular, hijo de un trabajador común y corriente, y que su mensaje y su vida están relacionados, justamente, con las luchas contra los poderosos, los corruptos, los pecadores... contra el mal. Y termina, patético, dando un sermón de casi dos páginas que comienza: “Señor, señor, no soy más que un niño que se postra ante tus pies para suplicarte que me des fuerza y valor para no olvidarme de los otros”.

El libro, es de un formato netamente juvenil, con dibujos en la portada y adentro —a doble página—, tan patéticos como el relato mismo, ilustrando el título de cada capítulo. En una franja amarilla, en la portada y la contraportada, el título de la serie: *El Elegido de Agartha*, es decir, temas esotéricos para mentes juveniles, algo así debe ser el lema de los editores. Todo asombroso, si estamos de acuerdo en que quien escribe, y se propone lo que se propone con la saga que ya mencioné, es un escritor “serio”, al que se le invita y se le escucha en diversos escenarios del país, disertando sobre literatura, sobre autores, sobre las influencias que ejerce el arte en la educación. En la entrevista que cito arriba, dice también: “Ahora que soy un escritor quería escribir los libros que me hubiera gustado leer entonces. Y mira, escribiendo las historias de Pipe y Elvis terminé conectando con otros niños, con otros jóvenes, con otra gente que también es capaz de crear mundos paralelos como una forma de subvertir la realidad inmediata”.

Mario Mendoza se ha referido a sus críticos como gente que no entiende sus mensajes y que no está conectada con las realidades que a él le interesa denunciar, las de la desigualdad, las

injusticias; las de unas ciudades donde impera el crimen, dado que a los gobiernos no les interesa la educación y la igualdad económica, etc. Discursos sociológicos que poco o nada tienen que ver con la literatura. Y eso sería una mera anécdota sobre el escritor, si en sus libros este se ocupara, justamente, de esos temas, pero de una manera deliberada, directa, poniendo en boca de sus personajes (sus álter ego) esos mismos discursos, esas mismas peroratas contra el sistema. Mendoza parece escribir pensando en esa problemática, no en el misterio, en la poesía, en los verdaderos problemas del arte literario que, si están bien resueltos en los libros, resuelven, claro está, esas preguntas y esas diatribas del escritor.

*El hijo del carpintero* es, parafraseando a los locutores de fútbol cuando hablan de los malos partidos, un libro para el olvido. Como lo son, supongo, los demás libros de esa saga juvenil escrita por Mario Mendoza. Y como lo es toda literatura que se propone salvar el mundo o corregir la mente “retorcida” de la juventud o irse contra el sistema tratando machaconamente todos los temas “políticamente correctos”. Hasta llegar al colmo, como aquí, de hacer que un personaje —un muchacho—, convertido en un san Francisco de Asís (o algo por el estilo) por arte de birlibirloque, termine dando un discurso cristiano y ridículo.

**Luis Germán Sierra J.**